



SEGUNDO RETO DE MICRORRELATOS

ONLINE

“EL ROBO”

**UNIVERSIDAD POPULAR
NOVIEMBRE 2021**

ÍNDICE

AMOR A PRIMERA VISTA	Asun Aroca	4
LA VENTANA DE ESTHER	Pilar Alcántara González	5
EL CLEPTÓMANO	Joaquina Campón	6
NOMOFOBIA	María J. Llanos	7
EL ROBO	Jesús Montero	8
REFUGIO CONFORTABLE	Cele Lázaro	9
SIDI IFNI	Ángel Rodríguez García	10
DEVORADORES	Juan Manuel Morales Bellido	11
LA PRUEBA DE CARGO	Marga Gozalo	12
ALLANAMIENTO DE MORADA	José Antonio García Feria	13
EL VECINO DE JUAN	Mercedes Rosco	14
CONFIANZA MUTUA	Blanca Fajardo	15
SE ARMÓ EL BELÉN	Isabel González Rodríguez	16
EL RASTRO	Víctor M. Jiménez Andrada	17
LAS PLANTAS	Concha Ibáñez Montero	18

AMOR A PRIMERA VISTA

Mateo era un hombre mayor que apenas se dejaba ver por las calles en las que creció. Leopoldo, un adinerado coleccionista, se había mudado allí hacía un año y, amablemente, cuando bajaba a por el periódico, se lo acercaba al pobre Mateo.

Leopoldo era un coleccionista variopinto, su obsesión de invertir en arte le llevó a ser el propietario de un conocido museo que no dejaba indiferente a nadie, con galerías provistas del talento de cuantiosos artistas.

Un día Mateo se dejó la puerta abierta y Leopoldo entró dentro de la casa. El anciano siempre le recibía en el rellano, sin embargo, ese día, sonó el teléfono y olvidó cerrarla. Leopoldo entró observando la ostentosa casa, que tenía de todo, y parecía coleccionar tantas cosas como él. Entonces advirtió un cuadro que colgaba en la pared del salón. Reconoció que era un original de Monet. «¿Un Monet?» pensó para sí mismo mientras lo analizaba. —Era de mi mujer— comentó Mateo. Leopoldo le preguntó si estaría interesado en venderlo, no obstante este negó con la cabeza y Leopoldo abandonó la casa con el remordimiento de que ese cuadro completaría la colección personal que tenía del artista.

Durante unos días no dejó de atosigar a Mateo quien, ya molesto, le manifestó que no le volviera a traer el periódico. Leopoldo estaba cabreado, quería ese Monet a toda costa y tras meditarlo mucho, decidió robarle el cuadro a su vecino. Ahora tocaba plantear la sustracción, ya que su insistencia sería su condena si faltaba el cuadro, ¿Qué podría hacer para que su vecino no notase la falta y no le señalara a él?

Aquella mañana Mateo salió a jugar su partida de mus de cada viernes, que era el único día que abandonaba su hogar. Leopoldo aprovechó y entró en la casa por el patio interior deslizando los pies por la marquesina de mármol que sobresalía en cada piso, hasta llegar a la ventana de la habitación de Mateo. Sus ojos resplandecían al sujetar el cuadro entre sus manos. Ya en su salón lo admiró con insistencia y a la vez pensó que Mateo notaría el hueco vacío a su vuelta y le culparía a él.

¿Qué hacer entonces? Salió de su apartamento para meditar el hecho en sí, deduciendo que el cuadro no lo vendía por tener un valor sentimental para él, tal vez si le proponía que pasara a su museo tras su muerte no pondría tantas pegas, siempre era mejor eso que cogerlo sin permiso. Al volver al edificio había varios policías en el portal. —¿Qué ha pasado? — preguntó Leopoldo. — ¡Han entrado a robar!— se comentó entre los curiosos. Por un momento se quedó petrificado «Mateo ha llamado a la policía, ¡me van a detener!» supuso. En el portal, la vecina de abajo, le miró con ojos acusadores, pero esta solo comentó que el robo había sido tan rápido que no habían visto salir a los ladrones. Leopoldo salió corriendo a su apartamento creyendo que si el cuadro aún seguía allí ya tendría una cuartada y podría quedarse con él, sin embargo, al llegar a su piso, lo contempló tan desvalijado como el de los demás. Muchas cosas desaparecieron, entre ellas, el preciado cuadro del artista.

Asun Aroca

LA VENTANA DE ESTHER

Era muy difícil evitar la tentación de entrar por la ventana. La vecina solía dejarla abierta después de regar las flores, pero él siempre había respetado esta actitud de confianza hacia el vecindario. Esa ventana, con su amable invitación a un regodeo por el interior de la estancia, era una llamada irresistible para alguien como él, que estaba solo y tenía poca pasta. Aquella tarde no pudo mirar hacia otro lado. Solo tuvo que deslizar la pierna un poco y ya estaba dentro de la casa de Esther. No contó con la presencia del gato que dormía plácidamente en la salita y se puso a bufar como un loco por el susto, arañándole las piernas, antes de salir despavorido hacia el interior. Él aprovechó para guardarse un cenicero de plata como única prenda susceptible de ser robada en esos momentos.

La voz de Esther no se hizo esperar: « ¡Pitu, Pitu, ¿qué te pasa?!». Él volvió a saltar hacia afuera en un estado nervioso tan alterado que cayó de cabeza al patio de luces partiéndose dos dientes. La mujer se asomó a la ventana. No podía dar crédito a lo que estaba viendo. « ¡Pitu se estaba resbalando!», pudo decir él con un gemido de dolor. « ¿Has salvado a mi gato? ¡Has salvado a mi gato!», gritó Esther, emocionada, mientras se apresuraba a socorrer a su vecino.

Pilar Alcántara

EL CLEPTÓMANO

En la calle del Gato Verde, sus vecinos son gente adinerada. En la casa nº 4 vive un matrimonio, con dos bellas chicas. A Rosalía no la pueden controlar, va de fiesta en fiesta, sobre todo por las noches.

Juan, su vecino, vive en la casa nº 1. Los dos se han conocido en sus andanzas nocturnas.

Una noche, Rosalía, con una copa de más, le cuenta los tesoros que poseen.

Juan, que es ambicioso, no resiste hacerse dueño sobre todo del cuadro de un pintor famoso que adorna el despacho del padre de la vecina.

Sabe que, si es descubierto, será la deshonra familiar.

Da vueltas para no dejar rastro, esa noche ve, en el salón de su casa, la piel de un león, trofeo de su padre en una partida de caza.

No le falta detalle, es un león vacío. Se lo encaja varias veces, piensa que es una buena forma de no dejar huellas.

Esa noche decide ir a por la presa. Entra por la ventana con suma facilidad, llega al despacho y contempla la hermosura del cuadro.

Se embelesa sentado en el sillón.

En la mesa se encuentra una botella de whisky. Al lado, un cubilete de hielo y se sirve una copa. Echa el primer trago y, después, el segundo.

En ese momento se oyen unos pasos que cada vez están más cerca. No sabe qué hacer y simula ser una alfombra.

Ve una sombra y detrás un perro que empieza a ladrar dando vueltas alrededor de él. Zaisy, “el perro”, de raza pitbull.

Zaisy, cada vez más enfurecido, empieza a morder el rabo del león, que arranca con sus afilados colmillos.

Y sigue tirando de una oreja y, de un bocado, la arranca.

Juan, teme lo peor y sale del disfraz. Julián, el padre de Rosalía, atónito, contempla la aparición del vecino.

Juan, al ser descubierto, dice:

- Sabía que tiene un buen whisky, y no me he resistido a probarlo.

Joaquina Campón

NOMOFOBIA

Alberto llevaba unas semanas sumido en el desasosiego. El despido fulminante de su último trabajo lo había hundido, literalmente, en la miseria. Había que prescindir de todo lo superfluo y aguantar hasta que la suerte le sonriera otra vez. Dejó de pagar su abultada factura de conexión a internet, las suscripciones a determinadas plataformas de moda y el abono a su club de fútbol favorito.

Se le veía vagar por la ciudad buscando un lugar idóneo donde la wifi fuera gratis. Le era difícil desengancharse de esa costumbre de años en la que a golpe de clic tenía el mundo en sus manos. Las horas más duras de abstinencia las pasaba cuando estaba en su casa. Sus dedos se movían nerviosos recorriendo, sin éxito, la pantalla de su Smartphone.

Un mañana, devorado por el síndrome de la nomofobia, se dirigió al mueble de la entrada donde guardaba un puñado de llaves. Buscó la que correspondía a la vivienda de Juan, su vecino de puerta, y salió como una exhalación en busca de la cerradura. Una vez dentro localizó el modem situado junto al televisor, abrió su móvil, activó la wifi y copió hábilmente la contraseña escrita en el reverso del aparato. Un escalofrío de placer recorrió todo su cuerpo cuando un sonido familiar empezó a anunciar la entrada en tropel de los WhatsApps, las notificaciones de Facebook e Instagram, los tweets, los correos electrónicos... Apenas había comenzado a disfrutar del éxtasis que aquella conexión le producía cuando oyó el golpe seco de la puerta y a continuación la presencia de Juan.

—Alberto, ¿qué haces tú aquí? — preguntó un asombrado Juan.

—Oí ruidos extraños, como si arrastraran algo— dijo Alberto con una tranquilidad pasmosa. —Sabía que tú estabas en el trabajo y quise comprobar qué estaba pasando. Pero, ya ves, ha sido una falsa alarma.

María J. Llanos

EL ROBO

Adolfo era un hombre huraño, malencarado y soltero; trabajaba en Iberdrola generalmente de mañana pero, durante una semana, todos los meses, tenía turno desde las diez de la noche hasta las ocho de la mañana del siguiente día, al salir sistemáticamente tomaba churros en la cafetería Esperanza y regresaba a su domicilio, un dúplex abuhardillado con amplia terraza, herencia de sus padres. Tenía una sola afición y era la colección de minerales y fósiles que exponía en su buhardilla, siendo el más impresionante un cuarzo rosa encontrado en Oliva de unos seis kilos de peso que tenía forma de moái visto de perfil, como los de la isla de Pascua, así era como lo tenía Adolfo y muchas tardes se quedaba relajado observándolo mientras el sol poniente le iluminaba de atrás adelante.

Fue en el instituto cuando comenzó su afición hábilmente estimulada por D^a Carmina, la profesora de Ciencias Naturales que le cogió el cariño de una casada sin hijos y le orientaba hacia los lugares donde podía encontrar las mejores piezas; un día llevó a toda la clase al Museo de Ciencias Naturales de Madrid y para Adolfo fue el mejor día de su vida, incluso pudo observar el esqueleto de un Megaterio traído de la Argentina en el siglo XVIII, situado en el hall del museo. D^a Carmina explicaba todo con profesionalidad pero, cuando se dirigía a Adolfo, este veía un brillo especial en sus ojos. Al siguiente año Adolfo cambió de centro para hacer la rama eléctrica por FP y la profesora se mudó de ciudad de modo que, ese amor platónico con los minerales de por medio, se derivó a la ilusión por coleccionarlos, pensando que si un día se reencontraban y le enseñaba su buhardilla retornaría la sutil complicidad previa que la distancia frustró. El lunes, al regresar del trabajo con el estómago achurrado y cara de cansancio, subió a la buhardilla antes de dormir. Esta olía de forma diferente y faltaba la pieza principal de la colección. Inmediatamente intuyó que había sido su vecino, pero no sabía cómo demostrarlo, la cerradura no estaba forzada, la escalera, más limpia que nunca, así como el pomo interior de la puerta de entrada y relucía, asimismo, el pasamanos de la escalera. Su vecino Joaquín estaba fuera, él conocía la existencia del moái-cuarzo y tenía un refugio de piedra en la montaña con un Buda sedente al lado de la entrada, con circuito de agua incluido, donde la agregación de un elemento natural, con su colorido, sería espectacular. Joaquín estaba divorciado, ocasionalmente iba con alguna amiga a dar paseos por los castaños del entorno y luego, al regresar al refugio, una chimenea cálida y esa visión mixta de naturaleza y escultura, seguro que le facilitaría sus labores amorosas. Siguió observando su casa y notó que olía a gel hidroalcohólico anti coronavirus, el timbre y parte de su casa; por la tarde llegó Joaquín, negó el robo pero estaba nervioso y no quiso entrar en la casa. Adolfo recordó un detalle, el portero tenía llave de todas las viviendas, por si surgía alguna emergencia, guardada en el cuarto de limpieza. Llamó a la Policía, vino la científica y no había ninguna huella ni en la escalera ni en el pomo ni en la vitrina, lo que era muy extraño y sí estaba la huella de Joaquín en la llave de la portería, pero solo en la de su casa, el resto de las llaves tenían huellas del portero. Adolfo llamó a Joaquín, le entregó los resultados dactilográficos y le dijo: «te regalo el moái con la condición que me entregues el Buda para mi terraza y no habrá denuncia». Y así pasó.

Jesús Montero

REFUGIO CONFORTABLE

Cuando Lucas volvió a su pueblo, después de una buena temporada en la cárcel, era invierno. La nieve se veía muy próxima en las montañas vecinas y las calles estaban completamente vacías. Se dirigió a la que, antes de ese episodio, había sido su casa. Aunque en realidad era un pequeño cuarto viejo, oscuro y destartado que había heredado de sus padres.

Según se acercaba, iba viendo que, la que en otro tiempo fuera su vivienda, había sido desvalijada: había desaparecido la puerta y las viejas maderas que cerraban el ventanuco tampoco estaban en su lugar. En el tejado no quedaba ni una teja y de los viejos palos de castaño que las sostenían apenas quedaba alguno en su sitio. Seguramente habían servido para encender el fuego que denotaba la negrura de las viejas paredes.

¿Qué hacer? No sabía a dónde ir. No tenía familia y los pocos amigos con que contaba antes también habían desaparecido.

Mientras hacía estas cavilaciones, descubrió que unos metros más allá habían construido una hermosa casa, que, seguramente, la habitarían algunos vecinos de la ciudad en verano.

Se acercó a ella y vio que tenía una pequeña puerta trasera que quizás no fuera difícil abrir.

La noche se avecinaba y la nieve estaba empezando a caer, así que no lo pensó dos veces. Saltó la valla y sin demasiado esfuerzo logró abrir aquella puerta.

La casa era confortable y la despensa tenía algunas provisiones. Se sentó tranquilamente a cenar y se metió en una de las camas bien arropado con sus mantas. Hacía tiempo que no dormía tan a gusto.

Así pasó varios meses. El pueblo estaba tan deshabitado que nadie se percató de su presencia. Pero, cuando la primavera comenzó a brotar supo que su refugio ya no era seguro. Cualquiera día aparecerían los dueños. Como no quería volver otra vez a la cárcel, decidió irse a buscar la vida a otra parte. Pero antes cogió una sábana blanca y escribió en letra grandes:

*ESPERO QUE LA CASA SEA TAN AGRADABLE
PARA USTEDES EN VERANO, COMO LO HA
SIDO PARA MÍ EN INVIERNO.
¡¡QUE LA DISFRUTEN!!*

La colgó en la pared del recibidor. Cerró la puerta y abandonó el pueblo para siempre.

Cele lázaro

SIDI IFNI

Antes de salir revisó sus zapatos, el rito antiguo de limpieza, betuneado y abrillantado, lo aprendió de su abuelo Florencio. En aquel tiempo de escasez, el betún de calidad, era producto casi de lujo y la saliva hacía las veces de abrillantador transitorio. Oscar los limpiaba meticulosamente, con un placer casi erótico los sujetaba, los embadurnaba de diferentes cremas y, al final, enérgicamente los cepillaba hasta conseguir el brillo perfecto, uniforme. La lazada era la última escena de esa liturgia y su destreza le hacía sentir cierto orgullo familiar. En su pequeño apartamento todo estaba situado racionalmente, la mesa, las sillas, el aparato de música, el sillón de lecturas, la cama o el mueble biblioteca, todos sin una mota de polvo, el conjunto constituía un perfecto engranaje de producción, nada auguraba la más mínima posibilidad de azar en su organización. Si alguien hubiera entrado en su apartamento lo llamaría *ORDEN Y LIMPIEZA*. En realidad nadie pisó nunca allí, el portero intentaba escudriñar el interior cada vez que pretendía entregar la correspondencia, pero Óscar le decía que la pasara por debajo de la puerta, incluso los paquetes aparecían encima de la alfombrilla de la entrada después de dos golpes con los nudillos. No se sorprendió cuando el timbre sonó insistente, los dos hombres con cazadora, plantados delante, le dijeron que eran policías, tenían todo el aspecto de serlo, por eso no les pidió identificación, al fin y al cabo los esperaba, aunque no tan pronto. Sé fijó en los zapatos sucios de uno de ellos, el otro calzaba deportivas de marca barata pero parecían limpias. No los invitó a pasar y tampoco se sorprendió cuando le enseñaron una bolsa de plástico transparente, dentro estaba su zapato, su querido y pulcro zapato mordido por un perro rottweiler. Al menos el sello, el sello especial de la primera tirada de Sidi Ifni del año 1953 estaba ya en manos del marchante. Lo único que le dolía era la pérdida de ese zapato, un excelente zapato inglés Oxford de piel bovina.

Ángel Rodríguez García

DEVORADORES

Jaime lo haría ese año, le robaría a su vecino el jamón de mil quinientos euros del que disfrutaba cada Navidad. Estaba harto de que aquel maravilloso olor lo impregnase todo y él no pudiera aspirar más que a una triste paleta salada y dura.

El día antes de Nochebuena, con un gancho y una cuerda se deslizó a través del patio interior y entró por la ventana de la cocina donde le esperaba oloroso y prometedor su preciado trofeo. Lo guardó en la mochila que llevaba a su espalda y retornó a su casa.

Todo perfecto. Tocaba eliminar sospechas. Recuperó el hueso de su jamón barato del pasado año. Repitió la operación, y lo colocó en el jamonero del vecino. Siguió el siguiente paso. Con paciencia, jamón de york y mucho mimo se había ganado la confianza de tres gatos callejeros a los que había adoptado. Los colocó en una jaula y con el gancho y la cuerda los acercó hasta la ventana. Así viajaron los mininos, que rebañaron el hueso y se despacharon a gusto por el resto de la vivienda. Cuando el dueño regresó no podía creer lo que veían sus ojos. Enfurecido, los expulsó a escobazos hasta el rellano.

Esa noche Jaime cenó un magnífico bocadillo de jamón como nunca antes había probado. Pero los maullidos de sus cómplices le obligaron a abrir las puertas de su hogar. De momento, no quedaba más remedio, ya se desharía de ellos al día siguiente. Había merecido la pena.

Por la mañana accedió a su cocina feliz, le esperaba una magnífica tostada de jamón y tomate.

Se revolcó por el suelo lleno de ira. Los tres gatos parecían sonreír satisfechos, con la panza bien llena mientras el hueso del jamón descansaba totalmente pelado sobre la encimera.

Juan Manuel Morales Bellido

LA PRUEBA DE CARGO

Mauro, el pequeño vecino, se había vuelto a colar en la casa. Era increíble la habilidad que demostraba para escurrirse entre los agentes que vigilaban las entradas del unifamiliar. Javier ya estaba agotando las reservas de piruletas y caramelos que guardaba en el coche patrulla, tratando de convencerle de que se quedara tranquilo y se entretuviera con alguno de los juguetes que le ofreció su madre, antes de que sus compañeros comenzaran a formularle las preguntas de rigor.

Había que reconocer, pensaba Javier, intentando evitar una sonrisa, que el chiquillo era intrépido y parecía como si quisiera ir directo al dormitorio de la primera planta, el lugar en el que se había producido aquella extraña defunción.

Mauro lo había intentado ya tres veces, la segunda había estado a punto de conseguirlo. De hecho, pudo ver cómo asomaba debajo de la colcha la prueba que le inculpaba. Casi la había rozado con los dedos, pero aquel policía de los caramelos le había encontrado justo antes de conseguirla. Ya lo daba todo por perdido. Estaba dispuesto a negar su implicación en aquella muerte, aunque le encerraran en una fría mazmorra y le tuvieran allí a pan y agua. De hecho, había conseguido devolver al cuarto de baño, el peine que se había llevado para introducir en el muñeco, cabello de la persona a la que representaba como había visto hacer en el vídeo de *You-tube*.

En realidad él sólo quería darle un escarmiento a ese señor tan antipático que ni siquiera le miraba cuando le veía por la casa, jugando con sus hijas. Nunca había entendido el juego que papá y mamá se tenían cuando se referían al vecino como el “ser depreciable”. Sus padres le habían dicho muchas veces que los niños no debían escuchar las conversaciones de los mayores, pero lo de ayer... había sido inevitable. Aquel hombre hablaba con tanto desprecio de “esa inútil que se lo debía todo y a la que no quería volver a ver al día siguiente en la oficina”, que no había podido evitar prestarle atención. Por eso, cuando llegó a casa y encontró a mamá llorando desconsoladamente, tuvo la sensación de que un fino hilo se rompía en su interior, de que había cumplido otros cinco años de golpe.

Mauro había visto aquel vídeo varias veces, pero elaborar el muñeco no era tan fácil como parecía. No podía pedir ayuda porque nadie debía conocer sus planes. Hilvanar la aguja fue toda una proeza y no consiguió encontrar dos botones iguales para los ojos. Lo que le quedó fenomenal, pensaba con orgullo, fue esa enorme cabezota que hacía que cualquiera pudiera reconocer, en ese calcetín convertido en muñeco, el vivo retrato de su vecino. Mauro no quería matarlo, solo darle una lección y ahora era solo cuestión de tiempo. El policía de los caramelos encontraría la prueba que le inculpaba, el alfiler clavado en el pecho del muñeco, en el mismo lugar en el que le había clavado el picudo remate de la cama de hierro.

Marga Gozalo

ALLANAMIENTO DE MORADA

¿De verdad existe alguien que no sienta un deseo irrefrenable de mirar a través de esa ventana indiscreta lo que ocurre con sus vecinos de enfrente?

Solo mirar por mirar, sin la rémora de una pierna escayolada que justifique la postración.

A él le gustaba fisgonear por esos pequeños continentes que le ofrecía el mundo del edificio de vecinos. A través de las ventanas contrastaba sus costumbres con las de sus semejantes, tampoco iba más allá ni pisaba líneas rojas. El día que un vecino de surellano le pidió que se quedara con una copia de la llave de su casa se quedó de piedra, su hermetismo le llevaba a no entender aquel desprendimiento que abría gran parte de la vida de esa persona limítrofe. Aceptó sin más esa custodia y al meterla en un cajón del mueble de la entrada mascullaba para sí mismo que él no hubiera cedido esa parcela de su privacidad.

Las normas están para hacerlas trizas y decidió hacer uso de aquel privilegio custodiado en su recibidor. Tenía toda la mañana para una correría tranquila en aquel hogar vacío. Plantado ante la entrada examinó minuciosamente el conjunto de la puerta y su marco, muy detallista, antes de enfilear la cerradura. Con el giro de la hoja sobre unas bisagras silentes había traspasado una barrera misteriosa, su pulso se aceleró y notó el bombeo desbocado de su corazón, respiró hondo y cerró tras de sí, pero una voz le preguntaba el por qué de todo aquello, voz que ya no cesaba un instante, y él siempre respondía: Porque sí.

Su objetivo era la biblioteca y allí iba dispuesto a registrar ese estante al lado de la ventana, donde tantas veces había visto a su dueño tomar y dejar un objeto tras los libros. Frente al punto fijado observó unos tomos de “El Decamerón” y por su altura podía meter su mano tras ellos sin problema. Extrajo un cuaderno bastante grueso, era un diario íntimo y personal y no reparó en ojearlo, al rato ya estaba enganchado a esa historia inédita. Le costó dejarlo, pero tenía que volver a su casa, el autor desconocía que había ganado un lector empedernido, a cambio del robo de su intimidad.

Volvía a respirar profundamente y se cercioraba de que no había testigos, salió y cerró despacio, tras echar la llave se agachó para pegar el pequeño hilo entre el marco y la puerta, tal como lo tenía el dueño, y que detectó en su entrada. Sosegado en su vivienda seguía escuchando la voz que le preguntaba, pero entonces ya sabía que ese relato no lo podía dejar a medias, aunque incurriera en un delito continuado.

José Antonio García Feria

EL VECINO DE JUAN

¡Hay que ver!, con los años que hace que somos vecinos y Juan jamás me ha enseñado su casa, ¡con lo que me gusta curiosear! De su piso, lo único que conozco es el salón; ¿qué habrá en esa cajita que parece de marfil?

Se me ha ocurrido la idea de ofrecerle unas llaves de mi casa y así le induzco a que él haga lo mismo y cuando se vaya de fin de semana le digo que se ha dejado una luz encendida, con la excusa de apagarla aprovecho para fisgonear a mis anchas.

Esta es la habitación que veo desde mi cocina, luego, en teoría, es la que debo apagar; es su dormitorio, está decorado con buen gusto. Estoy viendo una cajita muy parecida a la del salón, la abro y veo que hay un rosario que parece de oro y muy antiguo; un anticuario lo podría valorar por una buena cantidad, ¡qué bien me vendría!

Creo que Juan tardará mucho en echarlo de menos ya que muy rezador no es. Pienso que las únicas huellas que tendré que borrar serán las de la cajita; las de la puerta de entrada y la del interruptor son inevitables.

La verdad es que me siento culpable, a lo mejor es un recuerdo muy querido, ¡pobre Juan!

Mercedes Rosco

CONFIANZA MUTUA

Héctor ya estaba harto de tantas humillaciones y ofensas por parte de su vecino del ático. Aunque no sabía con exactitud si la animadversión y la inquina que, de un tiempo a esta parte experimentaba hacia él, se debían al propio vecino o a un sentimiento nuevo de antipatía, rechazo y tirria, que jamás había advertido y que se fue desarrollando en su interior secretamente, de forma silenciosa, con lentitud, pero que, gradualmente, fue cobrando cada vez más fuerza, hasta desembocar en una hostilidad y aborrecimiento insufribles.

Al principio, cuando se mudó al ático, incluso vio una oportunidad de compañía y amistad, y hasta se prestó voluntario para ayudarlo en la mudanza. Posteriormente, cenaron en algunas ocasiones, se marchaban juntos al trabajo, salían a correr algunas tardes y, de vez en cuando se tomaban una copa amigablemente, antes de volver a casa, y hasta se intercambiaron las llaves de sus domicilios por si, en alguna ocasión, pudiera surgir algún problema cuando ellos no estuvieran.

Todo empezó cuando a su vecino le tocó la lotería de Navidad. Exactamente la friolera de 500.000 euros. Lo primero que este hizo fue comprarse un BMW Z8 de seis velocidades, equipado con una carrocería autoportante realizada en aluminio con tecnología space frame y que alcanzaba una velocidad de 250 kms/hora. Dejó pues de pasear con él, de tomar copas, y de irse juntos al trabajo, pues se pasaba el día subido a su coche. Casi al mismo tiempo, emprendió una reforma en su ático, ensanchando ventanas, cambiando suelos, tirando tabiques e instalando enormes cristalerías, desde las que se podía apreciar la mejor vista de Madrid y todo el jardín botánico. Cuando terminó la reforma lo invitó a cenar, enseñándole detenidamente la obra que había realizado, las fabulosas vistas de que disfrutaba y hasta donde había instalado la caja fuerte con el dinero y... se acabó. No volvieron a relacionarse salvo algunos buenos días o buenas noches, cuando coincidían en la escalera.

Los sentimientos negativos de Héctor fueron creciendo y causándole tal malestar, que decidió mortificar definitivamente a su vecino. Aún disponía del juego de llaves de su casa. Armado con un escoplo y un martillo entró en el ático cuando sabía a ciencia cierta que estaría vacío, se dirigió a la caja fuerte, la abrió con facilidad, retiró el dinero y volvió a cerrarla. A continuación derribó muebles, abrió y revolvió cajones y armarios, tirando parte de la ropa al suelo y, cuando la casa tenía toda la apariencia de un robo, salió sigilosamente, dejando la puerta abierta.

El móvil del vecino sonó insistentemente. Era Héctor. Después de hablar con él, salió con celeridad hacia su casa. Sentía una gran preocupación por los destrozos que los ladrones podrían haberle causado en su vivienda, pero se alegraba considerablemente de haber sido avisado con tanta rapidez y de tener un vecino tan atento como Héctor y en el que se podía confiar plenamente.

Blanca Fajardo

SE ARMÓ EL BELÉN

Nunca lo había pasado tan mal como aquella vez que robé a mi vecina y me vi envuelta en una red de mentiras para no ser descubierta. Era Navidad. En mi bloque se organizaba desde hacía años un concurso de Belenes. Los vecinos que querían participar montaban uno en su casa, compitiendo por lograr el más original y bonito. Yo nunca había conseguido ganar el concurso; no podía comprar gran cosa porque andaba escasa de dinero; eso me hacía un poco suspicaz. Una mañana llamaron al timbre; era mi vecina Julia.

—Hola, Marina, ¿Podrías recogerme un paquete que llegará mañana? Es que tengo que ir al pueblo. Son figuras nuevas para el Belén— me dijo guiñándome un ojo con picardía.

—No hay problema, te lo recogeré. ¿Pero vas a cambiarlas todas? — respondí recelosa.

—Ya lo verás; es una sorpresa.

A la mañana siguiente llegó el paquete. Venía nada menos que de Nápoles. La curiosidad me pudo y decidí abrirlo con mucho cuidado, para que luego no se notara. ¡Me quedé pasmada por la belleza de las figuras! Eran de una delicadeza y originalidad apabullante. ¿Cómo iba yo a competir con mi Belén, de lo más ordinario? La envidia y la rabia comenzaron a hacer mella en mi ánimo. Me decidí al instante; le hurtaría las piezas principales. Dicho y hecho, saqué de la caja las bellas imágenes de San José, la Virgen y el Niño y las escondí en el arcón de mi habitación. Cuando regresó mi vecina le entregué su paquete, disimulando mi nerviosismo y se fue tan contenta a su casa. Al ratito estaba de vuelta, llamando otra vez al timbre.

—Oye, Marina. ¿Sabes que faltan varias figuras? Precisamente las más importantes. Estoy muy disgustada, encima que me he gastado una pasta.

—¿Ah, sí? Pues yo llamaría a la empresa de mensajería porque no son cuidadosos con los paquetes y se han dado robos. A mí me han llegado algunas veces cajas en muy mal estado.

Julia llamó muy enfadada y ellos negaron haber tenido nada que ver con la desaparición. Con la intención de apartar de mí las sospechas, la persuadí para que pusiera una reclamación en la empresa comercializadora. Ella así lo hizo y después de muchos correos y hasta varias llamadas telefónicas, consiguió que aceptaran enviarle las piezas que faltaban. Yo me sentía muy mal, tanto por el disgusto que le había provocado a Julia, como por el embrollo de embustes y disimulos a los que me había visto abocada por sucumbir a ese impulso ruin de robarle. Ya solo quería que le llegasen de nuevo las imágenes y pudiese montar su Nacimiento como Dios manda. Al cabo de unos días Julia volvió a llamar a mi puerta, traía una caja en los brazos y venía radiante.

—¿Te han enviado por fin las piezas que te faltaban? — dije poniendo cara de circunstancias.

—Abre el paquete— contestó ella ilusionada.

Yo lo abrí, para volver a ver el contenido de la caja, esta vez completo.

—¡Qué preciosidad de figuras!— comenté disimulando. —Esta vez ganas seguro.

—Esta vez ganas seguro tú, porque todo esto es para ti.

Los ojos se me abrieron como platos, inundados de lágrimas.

—Pero no puedo aceptarlo. Es tu Belén— susurré entre hipidos—

—Claro que puedes aceptarlo y te lo regalo porque quiero que ganes este año el concurso. Sé que te hace mucha ilusión y yo ya lo gané otras veces.

No pude hacer otra cosa que abrazarme a mi vecina roja de vergüenza y pensar que la vida te pone en el camino personas maravillosas para que aprendas de ellas y te conviertas tú en otra mejor.

Isabel González Rodríguez

EL RASTRO

Quién me iba a decir a mí que gracias a una metedura de pata conseguiría el nivel de vida del que ahora disfruto. La cosa sucedió hace cinco meses, en una noche de calor sofocante. Todas las ventanas estaban abiertas y a Laura, mi ex, no se le ocurrió otra cosa que entrar en casa de la vecina y llevarse uno de sus collares. Lo tuvo muy fácil, porque colarse desde nuestro balcón al suyo es un juego de niños. Es cierto que andábamos algo tirados de pasta, que debíamos dos meses de alquiler, que no encontrábamos trabajo y que tampoco hacíamos mucho por buscarlo, pero yo no hubiera llegado nunca a ese extremo. Me sorprendió su resolución cuando la vi con la joya entre las manos y una sonrisa pícaro de adolescente traviesa. Luego nos llevamos una decepción, porque nos dieron solo cincuenta pavos que gastarnos en marihuana.

Cuando estábamos en la cama desnudos, fumando un porro tan a gustito después de hacer el amor, Laura palideció. Se acababa de dar cuenta de que había perdido la pulserita de cuero con su nombre grabado y temió que hubiera sucedido en la vivienda de la vecina. Cuando la mujer notara que le faltaba el collar y reconociera la pulsera, la cosa se pondría chungo.

Desde que nos mudamos sabía que la vieja me hacía ojitos y me lo jugué todo a esa baza y, sin pensarlo, cuando llamó a nuestra puerta para decirnos que le habían robado uno de sus collares favoritos y que estaba muy asustada, la convencí de que no avisara a la policía hasta por la mañana ya que era demasiado tarde y que, para que estuviera tranquila, pasaría la noche en su casa. A Laura le pareció una idea brillante.

Sobre todo soy un caballero y no daré detalles de lo sucedido, solo diré que la señora me sorprendió con una pasión impensable para su edad. A todo esto, logré encontrar la dichosa pulsera y la guardé en el fondo de uno de los bolsillos de mi pantalón. Por la mañana, la mujer me despertó con un desayuno monumental y con cien pavos como propina por mi buena disposición.

Cuando regresé a casa estaba muy confuso. A los dos días rompí con Laura y me fui a vivir con mi vecina. Creo que es lo mejor que me ha pasado en mucho tiempo. Ahora puedo decir que he asentado la cabeza.

Víctor M. Jiménez Andrada

LAS PLANTAS

Juan es un hombre metódico, organizado, ordenado. Vive en un tercero sin ascensor, y le encantan las plantas. En el rellano de su escalera muchas macetas florecen cada temporada, y es un remanso de calma toda esa zona de la escalera.

Cada día Juan riega las que lo necesitan, retira las hojas secas y mimas las plantas, tanto las que tienen flores como las que no las tienen.

Pedro es un viejo huraño y desastroso que vive en el segundo, justo debajo de Juan. Le revienta que las vecinas admiren el vergel del inquilino de arriba, y no hace más que protestar y refunfuñar por tener que soportar esas plantas que llegan casi hasta su piso.

Un día, Pedro, cansado de ver como todos hablan maravillas de una planta muy especial que tiene Juan, decide gastarle una mala pasada y amparándose en el silencio y en la oscuridad de la noche sube el tramo de escaleras que le separan de su vecino y se lleva la “joya de la corona”, una enorme planta verde con flores blancas.

Con mucho sigilo coge el tiesto, que pesa lo suyo y lo baja hasta su casa. Lo que en principio parece una tarea fácil resulta ser un poco más complicado de lo que creía. La maceta es grande y difícil de mover. Se resbala entre sus manos y a punto está de caérsele por dos veces.

Cuando llega a casa, sudoroso y con un fuerte dolor de brazos descubre que un rastro de tierra le delata. Coge escoba y recogedor y lo limpia todo primorosamente. Pero tiene que sacar también la fregona, pues se ha quedado el surco de la maceta delante de su puerta.

Una vez dentro de su casa tiene dificultades para ponerla en una pequeña habitación que casi no utiliza, donde nadie pueda encontrarla, porque la planta es de envergadura, casi un arbusto.

Por fin. Parece que con esto puede fastidiar a Juan y sumirle en un cierto desasosiego.

Sin embargo no ha contado con la mayor propiedad de la planta. Su aroma exquisito se extiende por toda su casa y desde fuera todo el mundo sabe adónde ha ido a parar la famosa maceta de Juan.

Concha Ibáñez Montero